

206. En estrecha unión

¿Hemos caído alguna vez en la cuenta de lo importante que es el vivir en sociedad? ¿Somos conscientes de que nos necesitamos los unos a los otros? ¿Sabemos que todas las revoluciones se originan de la desatención en que tenemos a muchos ciudadanos?...

La Biblia alaba la unión y fustiga sin piedad la soledad y la desunión con que viven muchos. Son expresiones muy fuertes las de la Palabra de Dios: *“Pensemos en un hombre que vive solo, sin nadie consigo. Trabaja sin descanso y no se harta de acumular dinero. ¿Para quién se afana sin disfrutar de nada?”*... Es el caso del que se encierra egoístamente en sí mismo.

Y sigue la Biblia, mirando después positivamente el bien de la unión: *“Mejor son dos que uno, pues juntos obtienen mejor resultado de sus afanes. Porque si caen, uno levantará al otro. Pero, ¡ay si uno cae sin nadie que lo levante!... Si uno es atacado, dos resisten mejor, pues no se rompe fácilmente una cuerda de tres cabos”* (Eclesiástico 4,7-12)

Dios nos ha creado de manera, que nos necesitamos los unos a los otros. Es cierto que cada persona tiene su autonomía; que cada uno es él; que todos somos independientes y libres. Pero esto no quita el que nos necesitemos mutuamente. El buscar la unión de los corazones para amarse, y el estrechar las manos para trabajar juntos, es acoplarse todos para conseguir una seguridad, un desarrollo y una felicidad que no se podrían dar, en modo alguno, con la desunión y el aislamiento de los unos y los otros.

Hace años ya que los Obispos franceses se plantearon en su “Directorio de Pastoral Social” esta cuestión: *¿Cuáles son los vicios que nacen de la sociedad mal organizada?* (27 Abril 1954). Y señalaron una lista seria.

Primer vicio, el *egoísmo*, propio de aquellos que se dicen: *Yo he cumplido con mi trabajo, estoy bien, y a mi familia no le falta nada*. Muy bien. Perfecto. ¿Y los demás? ¿No te dice la conciencia que los otros te necesitan, y que puedes y que debes hacer algo por ellos?...

Segundo vicio, la *avaricia*, que endurece el corazón para guardar lo que se tiene, sin compartirlo con el necesitado; que instiga a acumular dinero sin medida; que incita a desposeer a los demás, quitándoles, en beneficio propio, lo que tienen o podrían ganar. Este vicio, cuando se difunde, no tardará en traer esos desajustes sociales que acaban en guerras fratricidas.

En la famosa revolución de 1848, desatada sobre todo en París, se cometieron muchos horrores, y las clases pudientes echaron la culpa a las menos favorecidas socialmente. Pero un joven de mucho sentido, y sobre todo de mucho corazón, en vez de ponerse al lado de los que denunciaban a las masas populares, se puso a favor de los pobres, y escribía seriamente:

- *Mis queridos padres: Si todos los ricos tuviesen el alma tan hermosa y tan compasiva como ustedes, no habríamos tenido estas horribles matanzas de las jornadas de junio. La sociedad no estaría afligida por la pobreza, plaga espantosa que la roe, y la organización del trabajo no sería un problema tan insoluble* (León Harmel). Este joven pensaba bien, y con personas como él, habría muy pocos enredos sociales.

Tercer vicio que trae, el *orgullo*, por el cual unos pocos privilegiados lo dominan todo, se constituyen para los demás en unos papás muy corteses, pero muy crueles, porque matan la personalidad de todos.

Cuarto vicio, el *desprecio* de los de arriba para con los de abajo, y el *odio* de los de abajo para con los de arriba. Este mal lo conocemos, tristemente, por tantas experiencias dolorosas de nuestros pueblos. No hace falta traer recuerdos que todos tenemos muy vivos en la memoria.

Quinto vicio, el *gocé inmoderado* que conduce a placeres prohibidos, con unas consecuencias muchas veces muy lamentables para la familia, la raza y las naciones.

Éste era el diagnóstico de los Obispos franceses, muchos y muy capacitados

¿Qué solución hallamos entonces? No se encuentra otra sino la señalada por un economista, que estudió a conciencia los males sociales, y dijo como conclusión: - *¿Remedio a los males modernos? Yo no conozco otro que los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. Esos diez preceptos, en fórmulas sencillas, comprensibles por todas las inteligencias, recuerdan a todos los hombres la distinción del bien y el mal, y se imponen con una autoridad irresistible* (Frederic Play)

¿Podemos, por lo mismo, sentirnos pesimistas ante la situación de la sociedad antes descrita? No; porque, unidos, podemos hacer mucho. Cuando empezamos a llevar una relación buena y normal con los nuestros, empezando con la familia, con los que nos rodean, con los del grupo, con los de la asociación, con los del club, con los del sindicato, con los del partido..., estamos haciendo más bien del que nos imaginamos.

Si sabemos unirnos además con espíritu cristiano, y no ya puramente humano y social, estamos contribuyendo poderosamente al Reinado de Jesucristo. Si los que llamamos malos se unen para el mal, ¿por qué, los que queremos ser buenos, no hemos de hacer lo mismo para bien del mundo?

Matar el egoísmo, y vivir con ilusión la unión de los corazones, renunciando al minúsculo “yo” para que brille el estupendo “nosotros”, es unir todas las fuerzas que Dios pone a disposición de los que queremos hacer algo por un mundo nuevo y por el Reinado de Jesucristo.

En la cuerda que forman unos, se mete con astucia Satanás; en la que formamos nosotros está metido Jesucristo. ¿Cuál de las dos resultará más fuerte?...